



Kafka y lo kafkiano

"No soy más que literatura y no puedo y no quiero ser ninguna otra cosa"

F.K. Diario

Edwin Guzmán Ortiz

(SEGUNDA Y ÚLTIMA PARTE)

Hay no pocos elementos en sus obras que se prestan a interpretaciones alegóricas. Por lo mismo, se trata de una obra curiosamente política, y es más, una obra de consecuencias políticas. No lo será en el sentido de Sartre o Brecht, pero su escritura es la de un judío-checo en lengua alemana, y esa condición comporta consecuencias históricas, como comporta un maremágnun moral plantear una visión de mundo judía en lengua alemana, particularmente en la época en que le tocó escribir. Kafka, de algún modo, se autoinmola cuando escribe. La suya es una escritura del sacrificio.

Lechte percibió que Kafka juega con la tonalidad del alemán, rechaza las metáforas, escribe en un alemán personal, un alemán desterritorializado: Desecha las conexiones genealógicas y se concentra en las cosas pequeñas que le circundan. Produce un volumen notable de cartas, se autoconfiesa en diarios y a menudo se niega a leer las integridades y, claro, a escribir explícitamente sobre ellas. De manera imperceptible nuestro escritor transforma la naturaleza del alemán y se labra en él un espacio único. Este logro no es espectacular, al modo de la literatura de Thomas Mann, sino es la conquista sigilosa del artífice que modificando el detalle arma una "nueva Cábala".

Kafka ofrece una percepción del modo de ser del escritor en el siglo XX. Sus Diarios revelan ese vértigo que supone el oficio de escribir: la dialéctica entre el placer y el dolor, entre el éxtasis y la pasión sufriente. Ponen al desnudo el oficio, esa zona en que la neurosis se disuelve en pasión, y la rumia cotidiana en una mística. No seríamos fieles hablando sólo de su literatura, él es un escritor en que la vida y la obra se confunden al extremo de no saber exactamente si Mr. K se confunde con Franz, y las cartas a Milena y sus diarios son una suerte de apostillas a sus novelas.

Kafka es, entonces, un escritor que no sólo vive para su escritura sino vive también profundamente enclavado en su escritura.

Mantuvo a menudo relaciones difíciles con su mundo exterior, al que su complejo e hipersensible yo deseaba alternativamente abrirse y cerrarse, lo mismo le sucedía con su trabajo literario. Por ello, Blanchot, señala que mientras más escribía menos seguro estaba de escribir. Max Brod -a quien le debemos que su obra no haya sido destruida- y Milena, oficiaban de vías y mágico aliento para que sus páginas sean publicadas.

Kafka mostró que el escribir es una manera de vivir que exige la concentración de fuerzas; además, nos permitió ver lo que estaba en juego en la elaboración de un objeto literario. A través del enigma, la intuición, la superstición, el rastillaje de su propio cuerpo, e incluso una imaginación fría talló no verdades, verdades a

medias, verdades falaces, mentiras verdaderas, pedazos de certezas, es decir, literatura.

En sus novelas trabajó empecinadamente la falta de límites, la ausencia de centros y perspectivas. Tramó una geometría truculenta y atroz al modo de Escher, pero sin el artificio de la matemática; una geometría de agujero negro.

Vecino de Nietzsche, representó con la precisión de un adelantado, el espíritu de este tiempo. Entendió que detrás de la apariencia del mundo hay un desorden, un contraorden, una zona innombrable que cierto tipo de literatura -y arte- se empecina por develar. A la contribución de esa empresa se adscribe Franz Kafka, explorador de la periferia y los costados, escudriñador de los márgenes donde habitan demasiadas almas y donde los procesos y los castillos no terminan de ser una patraña.

Fin

